

Las confesiones
del señor Harrison

Elizabeth Gaskell



ALBA CLÁSICA

ELIZABETH GASKELL

LAS CONFESIONES DEL SEÑOR
HARRISON

Traducción
Catalina Martínez Muñoz

ALBA

NOTA AL TEXTO

Las confesiones del señor Harrison se publicó por entregas entre febrero y abril de 1851 en la revista *The Ladies' Companion*. Aunque anterior a *Cranford*, se considera perteneciente a lo que posteriores editores han denominado «Crónicas de Cranford».

El artículo «La Inglaterra de la última generación» se publicó en julio de 1849 en *American Sartain's Union Magazine*, sugerido, según su autora, por la idea de Robert Southey de que era necesario escribir una historia de la vida doméstica en Inglaterra. El planteamiento y la atmósfera de este texto son muy afines a los de las narraciones de la autora situadas en la Inglaterra rural (en pueblos ficticiamente llamados Cranford o Duncombe) y seguramente el primer indicio de un plan que luego desarrollaría en ellas.

CAPÍTULO I

El fuego ardía alegremente. Mi mujer acababa de subir a acostar al bebé. Charles estaba sentado delante de mí, bronceado y muy atractivo. Era agradable saber que íbamos a pasar varias semanas juntos, bajo el mismo techo, cosa que no habíamos hecho nunca desde que éramos unos críos. Yo estaba perezoso, sin ganas de hablar, comiendo nueces y mirando el fuego. Pero Charles empezaba a impacientarse.

–Ahora que tu mujer ha subido, Will¹, tienes que decirme una cosa que quería preguntarte desde que la vi esta mañana. Cuéntame cómo fueron el cortejo y la conquista. Yo también quiero la receta para conseguir a una mujer tan encantadora. En tus cartas apenas dabas detalles. Vamos, cuéntamelo todo con pelos y señales.

–Si te lo cuento todo será una historia muy larga.

–Da igual. Si me canso, puedo dormirme y soñar que soy un soltero solitario y he vuelto a Ceilán; y cuando termines me despertaré y veré que estoy en tu casa. ¡Date prisa, hombre! «Érase una vez un joven y galante soltero.» ¡Hasta te doy el arranque!

–Muy bien: «Érase una vez un joven y galante soltero» que estaba completamente perdido cuando terminó su formación como médico... Tengo que hablar en primera persona, Charles, no puedo seguir con el joven y galante soltero...

Terminé de recorrer los hospitales justo cuando tú te fuiste a Ceilán y, no sé si te acuerdas, quería marcharme al extranjero, como tú, y se me pasó por la cabeza ofrecerme como médico marino, pero pensé que eso me haría perder prestigio profesional, me asaltaron las dudas y, mientras dudaba,

recibí una carta del primo de mi padre, el señor Morgan, ese anciano caballero que escribía largas cartas llenas de consejos a mi madre, y que me dio un billete de cinco libras cuando acepté ser aprendiz del señor Howard en lugar de hacerme a la mar. Pues bien, por lo visto este caballero llevaba tiempo pensando en hacerme socio, si demostraba yo que daba la talla; y, como tenía buenas referencias mías, a través de un amigo médico que trabajaba en el Hospital de Guy², escribió para proponerme el siguiente acuerdo: me ofrecía un tercio de los beneficios los primeros cinco años, después la mitad y finalmente todo sería para mí. No era una mala oferta para un joven que estaba sin blanca como yo, porque el señor Morgan tenía un próspero consultorio rural y, aunque yo no lo conocía personalmente, me había formado una excelente opinión de él y lo tenía por un solterón honorable, bondadoso, inquieto y entrometido; y resultó que no me equivocaba en mis suposiciones, según pude comprobar a la media hora de conocerlo. Me había imaginado que iría a vivir a su casa, dado que estaba soltero y era un buen amigo de la familia, pero creo que él se lo temía, porque cuando llegué a su puerta, con el portero que me subía la maleta, me recibió en las escaleras y, mientras me estrechaba la mano, le dijo al portero: «Jerry, si esperas un momento, podrás acompañar al señor Harrison a sus habitaciones. Donde Jocelyn, ya sabes». Luego se volvió a mí para dirigirme las primeras palabras de bienvenida. Tuve la tentación de considerarlo poco hospitalario, pero después lo comprendí mejor.

—La casa de Jocelyn —dijo— es lo mejor que he podido encontrar con tanta urgencia: hay mucha fiebre en este momento, y necesitaba que llegara usted este mismo mes. Se ha propagado una leve epidemia de tifus en la parte antigua de la ciudad. Creo que podrá pasar usted un par de semanas cómodamente allí. Me he tomado la libertad de

pedirle a mi ama de llaves que envíe unas cuantas cosas para dar a las habitaciones un aire más hogareño: una butaca, un bonito estuche de preparados médicos y algo de comer. Pero, si me hace el favor de seguir mi consejo, mañana hablaremos de un pequeño plan que tengo en la cabeza. No quiero contárselo aquí, en las escaleras, así que no le entretengo más. Creo que mi ama de llaves ha ido a prepararle el té.

Me dio la sensación de que el caballero estaba preocupado por su salud y me instaba a cuidar de la mía, porque llevaba una especie de bata gris, holgada, pero iba sin sombrero. Aun así, me sorprendió que me recibiera en la puerta en vez de invitarme a entrar. Ahora creo que me equivoqué al suponer que temía resfriarse: lo que temía era que lo vieran mal vestido. Y, en cuanto a su aparente falta de hospitalidad, no necesité pasar mucho tiempo en Duncombe para darme cuenta de que era más cómodo tener mi propia casa, mi castillo, como se suele decir, libre de intromisiones, y comprendí que el señor Morgan tenía buenos motivos para haber establecido la costumbre de atender a todo el mundo en la puerta. Si me recibió así fue por pura inercia. Poco después tuve libre acceso a su casa.

Todo indicaba que alguien había puesto mucha amabilidad y previsión en arreglar mis habitaciones, y no dudé de que era obra del señor Morgan. Estaba yo esa tarde desgastado, y me senté a observar la calle desde el mirador, encima de la tienda de Jocelyn. Duncombe se tiene por una ciudad, aunque yo lo llamaría un pueblo. La verdad es que visto desde la casa de Jocelyn es un sitio bastante pintoresco. Los edificios son cualquier cosa menos corrientes; pueden ser modestos en sus detalles, pero en conjunto son bonitos; no tienen esa fachada plana que vemos en muchas ciudades de mayores pretensiones. Un mirador aquí y allá, de vez en cuando un tejado a dos aguas recortado contra

el cielo, un desván que sobresale: todo esto produce en la calle agradables efectos de luz y de sombra; y tienen una manera muy peculiar de encalar algunas casas, con un tinte rosado como el papel secante, más parecido a la piedra de Mayence que a ninguna otra cosa. Puede que sea de muy mal gusto, pero yo creo que les da un tono muy cálido. Algunas viviendas tienen un jardín delante, con césped a los lados del sendero de piedra y un par de árboles grandes – limeros o castaños de Indias– que proyectan las ramas más altas por encima de la calle y forman en la acera unos círculos secos en los que refugiarse de los chaparrones en verano.

Mientras estaba en el mirador, pensando en lo diferente que era esto de mi casa en el corazón de Londres, de donde había salido apenas doce horas antes –tenía la ventana abierta y, aunque estaba en el centro de la ciudad, en la calle principal, solamente me llegaban los olores de las cajas de langosta apiladas en la puerta de la tienda, en vez del polvo y el humo de la calle, y solo oía las voces de las madres, llamando a los niños que estaban jugando en la calle para que fueran a acostarse, y las campanas del reloj de la antigua iglesia, que a las ocho tocaron a rebato para recordar el toque de queda–, mientras estaba allí, tan tranquilo, la puerta se abrió y la criada, una chiquilla, hizo una reverencia y dijo:

–Por favor, señor. La señora Munton le envía saludos y quisiera saber cómo se encuentra después del viaje.

¡Vaya! ¡Qué gesto tan amable y cariñoso! ¿Se le habría ocurrido algo así siquiera al mejor de mis amigos del Guy? Sin embargo, era indudable que la señora Munton, una persona a la que ni siquiera conocía, estaba preocupada y no se tranquilizaría hasta que le mandase recado de que me encontraba perfectamente.

–Salude de mi parte a la señora Munton –contesté– y me

encuentro perfectamente: le estoy muy agradecido.

Era importante decir «perfectamente», porque un simple «muy bien» habría hecho trizas el evidente interés que la señora Munton sentía por mí. ¡Qué buena, la señora Munton! ¡Qué amable, la señora Munton! ¡Incluso puede que joven, guapa, rica y viuda! Me froté las manos de placer, divertido, y de nuevo en mi puesto de observación empecé a pensar en cuál de aquellas casas viviría la señora Munton.

Otra vez llamaron a la puerta, y otra vez era la chiquilla:

–Por favor, señor, la señorita Tomkinson le envía saludos, y quisiera saber cómo se encuentra usted después del viaje.

No sé por qué, pero el nombre de la señorita Tomkinson no tenía un halo tan seductor como el de la señora Munton. De todos modos, la señorita Tomkinson era muy amable por interesarse. Lamenté sentirme tan sano. Casi me avergonzaba no poder decir que estaba exhausto y me había desmayado dos veces desde mi llegada. ¡Si al menos tuviera dolor de cabeza! Respiré profundamente: tenía el pecho en perfectas condiciones; no me había resfriado, y respondí una vez más:

–Muchas gracias a la señorita Tomkinson. No estoy demasiado cansado, aceptablemente bien. Salúdela de mi parte.

La pequeña Sally apenas tuvo tiempo de bajar las escaleras antes de regresar, vivaracha y jadeando:

–Saludos del señor y la señora Bullock, señor. Confían en que se encuentre usted perfectamente después del viaje.

¿Quién podía esperar tanta amabilidad de un apellido tan poco prometedor? Contesté de todos modos con gentileza:

–Salúdelos de mi parte; una noche de reposo y estaré como nuevo.

Poco después recibí el mismo recado de un par de desconocidos de buen corazón. Me habría gustado no tener

tan buen color. Temía decepcionar a aquellas personas de tiernos sentimientos cuando me vieran, tan joven y fuerte. Y casi me dio vergüenza reconocer que estaba muerto de hambre cuando Sally vino a preguntar qué me apetecía cenar. Los filetes me tentaban mucho, aunque quizá fuera mejor tomar unas gachas con agua y meterme en la cama. Al final ganaron los filetes. No tenía razones para ponerme tan contento, porque en este pueblo se muestra la misma atención por todo aquel que llega después de un viaje. Muchas de esas personas se han interesado por ti –tan grandote y moreno–, solo que Sally te ha ahorrado el castigo de inventar respuestas ingeniosas.

CAPÍTULO II

Al día siguiente, el señor Morgan se presentó antes de que hubiera terminado de desayunar. Era el hombre más atildado que había visto en la vida. He notado que la gente le coge cariño al estilo que estaba de moda cuando eran *beaux y belles* y recibían la máxima admiración. No aceptan que han perdido la juventud y la belleza, y consideran que la moda dominante no les favorece. El señor Morgan siempre está despotricando de la levita y las patillas, por ejemplo. Lleva el mentón muy bien afeitado, un abrigo negro y pantalones de color gris oscuro; y, cuando sale a hacer la ronda entre sus pacientes de la ciudad, se pone siempre unas botas de soldado hessiano, negras y relucientes, con unas borlas de seda colgando a los lados. Cuando vuelve a casa, alrededor de las diez, y coge el caballo para visitar a los pacientes del campo, se calza las botas de montar más elegantes que he visto nunca; por lo visto se las hace un zapatero que vive a ciento cincuenta kilómetros de aquí. Va siempre hecho un pincel; no hay una expresión mejor. Vi que le desconcertaba un poco verme desayunando en batín, según la costumbre que había copiado de los compañeros del Guy: con los pies en la chimenea, la silla apoyada en las patas traseras (una manera de sentarse que más tarde supe que le horrorizaba); en zapatillas (que en su opinión eran completamente impropias de un caballero «fuera de un dormitorio»); en resumidas cuentas, por lo que aprendí más adelante, esa primera vez que vino a verme mi pinta atentaba contra todos sus prejuicios. Aparté el libro que estaba leyendo y me levanté de un salto para saludarlo. No se movió en la puerta, con el sombrero y el bastón en la mano.

—He venido a preguntarle si querría acompañarme a ha-

cer la ronda esta mañana y a que le presente a algunos de nuestros amigos. –Advertí cierta frialdad en su tono, inducida por la decepción de verme de semejante guisa, aunque él ni se imaginó que se le notaba.

–Enseguida estoy listo, señor –dije. Y entré corriendo en mi dormitorio, para librarme de su escrutinio.

Con unas tosecitas indescriptibles y unos ruidos titubeantes, me hizo saber, cuando volví, que mi indumentaria no era de su agrado. Yo estaba listo, con los guantes y el sombrero en la mano, pero él seguía sin disponerse a que emprendiéramos la ronda. Me puse muy colorado. Por fin dijo:

–Disculpe, mi querido amigo, ¿puedo preguntarle si no tiene otra prenda aparte de ese... chaqué, creo que lo llaman? Aquí en Duncombe somos muy rigurosos con el decoro, y la primera impresión es importantísima. Seamos profesionales, señor mío. El negro es el color de nuestro gremio. Perdone que le hable con tanta franqueza, pero me considero *in loco parentis*.³

Era tan amable, tan sencillo y, la verdad sea dicha, tan cariñoso que me pareció infantil ofenderme, aunque en mi fuero interno me dolió un poco que me tratara de ese modo. No obstante, murmuré:

–Claro, señor, como usted quiera. –Y una vez más fui a cambiarme la chaqueta: mi ofensivo chaqué.

–Esas prendas –dijo– dan un aire demasiado deportivo, no son del todo apropiadas para los hombres instruidos; invitan a pensar más bien que ha venido usted de caza y no a ser el Galeno o el Hipócrates del vecindario. –Sonrió amablemente y con eso me hizo dominar un suspiro.

Si te soy sincero, yo esperaba, de hecho me había jactado de eso cuando estaba en el Guy, salir con la jauría, porque Duncombe está en un famoso distrito de caza. Pero todas estas ideas se esfumaron cuando el señor Morgan me llevó al patio de la pensión, donde había parado un tratan-

te de caballos que iba camino de una feria en los alrededores, y «me aconsejó vivamente» –lo que a la vista de nuestra relación profesional equivalía a una orden– que comprase una jaca marrón, ligera y práctica, en lugar de un caballo de buena estampa que, según me aseguró el tratante, «saltaría cualquier obstáculo que le pusiera por delante». El señor Morgan quedó muy complacido al ver que me plegaba a su consejo y renunciaba a todas mis esperanzas de ir de caza de vez en cuando.

Se mostró mucho más abierto conmigo después de eso. Me contó sus planes de verme instalado en mi propia casa, pues le parecía más respetable y, por supuesto, más profesional que vivir en una casa de huéspedes; y luego dijo que había perdido a un amigo recientemente, a un hermano médico de una ciudad vecina, que había dejado a su mujer viuda, con una modesta renta, y esta señora estaría encantada de vivir conmigo y hacerse cargo del gobierno de mi casa, para reducir gastos.

–Es una gran mujer –explicó el señor Morgan–, a juzgar por lo poco que la conozco; tiene unos cuarenta y cinco años. Y puede echarle una mano en los pequeños protocolos de nuestra profesión, en los delicados detalles que todo hombre debe aprender para abrirse camino en la vida. Aquí vive la señora Munton –dijo entonces, parándose en seco delante de una puerta verde, muy poco romántica, con un picaporte de bronce.

No tuve tiempo de preguntar quién era antes de que nos informaran de que la señora Munton estaba en casa, y seguimos a la criada, pulcra y mayor, por una escalera alfombrada y estrecha hasta la sala de estar. La señora Munton era la viuda de un párroco, pasaba de los sesenta y estaba bastante sorda, pero, como toda la gente sorda que he conocido, le gustaba mucho hablar, quizá porque cuando hablaba ella no tenía duda sobre el tema de la conversación,

que se le escapaba si era otro el que hablaba primero. Tenía una enfermedad crónica que le impedía salir de casa con frecuencia, y sus buenos vecinos habían tomado la costumbre de visitarla, hacerle compañía y llevarle las últimas noticias, de manera que su sala de estar era el centro de los cotilleos de Duncombe, no de los escándalos, eso no; porque yo distingo entre cotilleos y escándalos. Ahora ya puedes ver la diferencia entre mi señora Munton ideal y la verdadera. En lugar de la viuda radiante y hermosa de mi absurda imaginación, amablemente preocupada por la salud de un desconocido, me encontré con una anciana habladora y hogareña que no me quitaba los ojos de encima y hacía gestos de dolor; sencilla en sus modales y su manera de vestir, aunque incuestionablemente una señora. Hablaba con el señor Morgan, pero me miraba a mí, y me di cuenta de que no se le escapaba ni una. Me fastidió el empeño del señor Morgan en elogiarme, pero vi que lo hacía con la mejor intención, que intentaba favorecerme en todos los aspectos delante de la señora Munton, sabiendo que ni el pregonero tendría más oportunidades que ella de divulgar hasta el último detalle de mi vida.

—¿Cómo era ese comentario de sir Astley Cooper⁴ que me ha contado usted antes? —me preguntó.

Se refería a una trivialidad absoluta que le había citado mientras paseábamos, y me abochornaba tener que repetirla, pero servía muy bien al objetivo de mi mentor y, antes de esa noche, toda la ciudad se había enterado de que yo era un discípulo predilecto de sir Astley (a quien solo había visto dos veces en mi vida), y el señor Morgan temía que, cuando este caballero se diera cuenta de mi inmenso valor, me reclamara para que lo ayudase en sus obligaciones como médico de la familia real. Introdujo en la conversación hasta la anécdota más nimia con tal de agrandar mi importancia.

–Me acuerdo –dijo– de una observación que le hizo sir Robert Peel al señor Harrison, el padre de nuestro joven amigo aquí presente: que las lunas de agosto son las más grandes y luminosas.

No sé si recordarás, Charles, que mi padre estaba muy orgulloso de haberle vendido un par de guantes a sir Robert, cuando vivía en Grange, cerca de Biddicombe, y supongo que fue por esa época cuando el bueno del señor Morgan le hizo a mi padre su única visita; pero era indudable que la señora Munton me miró con el doble de respeto después de esta observación insignificante, y meses después volvió a mis oídos, convertida en la afirmación de que mi padre era íntimo amigo del primer ministro, y de que incluso le aconsejaba la mayor parte de sus decisiones en la vida pública. Seguí escuchándolo, entre indignado y divertido. El señor Morgan parecía tan satisfecho con el efecto de la conversación que no quise estropearlo con explicaciones; además, yo entonces no sabía que esos dichos sin importancia eran la semilla de grandes acontecimientos en la ciudad de Duncombe. Cuando salimos de casa de la señora Munton, el señor Morgan se puso muy comunicativo.

–Le parecerá a usted un dato estadístico curioso –dijo–, pero cinco de cada seis cabezas de familia de cierto rango en Duncombe son mujeres. Tenemos un gran número de viudas y solteras ricas. A decir verdad, querido señor, creo que usted y yo somos casi los únicos caballeros: aparte del señor Bullock, claro. Por caballeros me refiero a profesionales. Debemos tener presente, señor, que son muchas las mujeres que dependen de la amabilidad y la protección que todo hombre digno de tal nombre se muestra gustoso de ofrecerles en todo momento.

La señorita Tomkinson, a quien fuimos a visitar a continuación, no me pareció especialmente necesitada de la protección de ningún hombre. Era una mujer alta, adusta,

de aspecto masculino y aire desafiante por naturaleza; sin embargo, vi que se esforzaba en suavizar y mitigar su aspereza en la medida de lo posible, para complacer al señor Morgan. Tuve la sensación de que él se acobardaba un poco en presencia de aquella señora, que era muy brusca, no tenía pelos en la lengua y se enorgullecía a todas luces de su carácter decidido y su manera de hablar sincera.

—Así que ¿este es el señor Harrison del que tanto hemos oído hablar, señor Morgan? La verdad es que, por lo que había oído, me esperaba algo un poco más... boyante... ¡sí, boyante! Pero todavía es joven: es joven. Todos nos esperábamos un Apolo, señor Harrison, por la descripción del señor Morgan, y un Asclepio⁵ al mismo tiempo; aunque quizá debería nombrar únicamente a Apolo, que según tengo entendido era el dios de la medicina.

Y no entendí cómo había podido describirme el señor Morgan sin haberme visto.

La señorita Tomkinson se puso las lentes y se las ajustó en una nariz de corte romano. De pronto dejó de inspeccionarme con aquella severidad y le dijo al señor Morgan:

—Tiene usted que ver a Caroline. Casi se me olvida. Está ocupada con las niñas, pero mandaré que la avisen. Ayer le dolía mucho la cabeza y estaba muy pálida; me preocupó mucho.

Tocó la campanilla y pidió a la criada que fuese a buscar a la señorita Caroline.

La señorita Caroline era su hermana, veinte años menor, y por eso la señorita Tomkinson, que tenía como mínimo cincuenta y cinco, la consideraba una niña. Además de considerarla una niña, la mimaba, cuidaba y protegía como a una niña, pues desde muy pequeña había quedado a su cargo; y, cuando murió su padre y tuvieron que montar una escuela, la señorita Tomkinson se ocupó de todos los trámites, se negó todos los placeres e hizo todo tipo de sacrifi-